

Pandemónium

Revista Quincenal Ilustrada

No. 133

30 de abril de 1915

Año X



Fot. Hernández

SRTA. EDITH GUTIER. 7

La Protección de su Negocio al alcance

LLEVE SU RECIBO

CONTADO

Pesos Centavos

6.10

de su Mano

Si en tiempos normales es necesario una vigilancia extrema para que el fruto de su trabajo y los rendimientos de su negocio, no sufran quebranto,

¿Cuanto más necesario no lo será en situaciones críticas?

Esto únicamente lo consigue empleando la Máquina Registradora

NATIONAL

de la que es Unico Agente

A. T. Harrison

Apartado 946 - Teléfono 451

SAN JOSE,
Costa Rica



SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

DIRECTOR:

A. T. CERVILLA GARCÍA

REDACTOR:

ARTURO GARCÍA SOLANO

COLABORADORES:

CARLOS SALAZAR GAGINI—FRANCISCO SOLER—RAFAEL CARDONA
ROGELIO SOTELA—J. ALBERTAZZI AVENDAÑO—LOS CLARENCE

AÑO X

30 DE ABRIL DE 1915

NÚM. 133

Crepuscular

Con la tristeza del adiós postrero
agítase tu mano amargamente,
a la luz de la tarde opalescente
que idealizó la cinta del sendero.

Oyóse en la quietud el agorero
lamentar de un zorzal; y, tristemente,
armonizó sus notas el doliente
silbo del caramillo de un cabrero.

La tarde te envolvió en un pincelazo,
e imperialmente te vistió de raso.

Al robar la distancia tus aromas

el dolor conjuró sus acechanzas
y, en mi desolación, las esperanzas
huyeron como un vuelo de palomas.

C. Salazar Gagini

A propósito de la crisis europea

El optimismo filosófico supone un futuro de paz interminable, porque la «lección presente es demasiado cruda», y porque esta vez ha triunfar la fuerza imperativa de la justicia—verdadera armonizadora del equilibrio de los pueblos.—Pobres razones! pensamos nosotros. Y nada mejor que recordar las frases de aquel clarividente que se llamó Federico el Grande, cuando aseguraba, con la mayor melancolía, que «otras ambiciones producirían nuevas guerras, causarían nuevos desastres; porque es propio del espíritu humano que los ejemplos no corrijan a nadie».

Los oís?

Los ejemplos no corrijen a nadie, no... Y lo que mañana parecerá a los mansos de corazón el bienestar conquistado con la sangre del cuerpo y con el oro del alma, será lo de siempre: un campo socabado por las nuevas ambiciones que preparan ingeniosamente el derrumbe de lo que la civilización supone sus conquistas, y lo que nosotros—inhumanamente—juzgamos sus renovaciones consecuentes...

La guerra en el concepto de conquista ha sido la piedra angular de la cultura moderna. Y nosotros entendemos por cultura el desarrollo conciente de las actividades del hombre. Por la conquista fueron las más resonantes guerras de Roma, y por la *guerra* germinó la simiente vigorosa de su civilización. Por la conquista, España, reconcentrada en el alma de Pelayo, proclamó la unificación de su entidad como una necesidad moral. Y América, la de hoy, la grande, la vigorosa América, nació entre los gritos épicos de las soldadescas de Cortés y de Pizarro; y sus primeros pasos corrieron sobre los charcos de sangre que dejaron el corcel de Bolívar y la planta heroica de Hidalgo. Y América contribuye con sus progresos al concierto de los mundos.

E Italia?

Italia, la divina Italia, no surgió como el mítico Fenix de las últimas cenizas de aquella guerra excelsa agitada al toque mágico del entusiasmo de Garibaldi—cenizas que fueron como los restos del Feudalismo, esparcidas al viento de los siglos—?

Y la grandeza de los Estados Unidos? Emerson, Walt Whitman, Edison Stuart Mil, Graan Bell, Peay, no son los SUCESORES de la guerra del 78 a cuya *conquista moral* debemos agregar la personalidad de la Federación—que dedicaron lo mejor de sus esfuerzos a las grandes investigaciones del alma y de la ciencia para animar el barro primitivo de la Patria?

Entonces, a que decir que la actual crisis europea, lejos de significar un retroceso a la barbarie, — como arguyen los declamadores profesionales, — solo es una *letra* de esperanza y de cultura girada al porvenir?...

Ah! si señores, la guerra es necesaria: renovación potente engendrada por la ambición—que es el sentimiento volitivo más noble—ella rompe el concierto universal, y deja a las nuevas generaciones las sustancias vitales que ayudarán a cimentar *esa obra de magna perfección* soñada por todos los filósofos, y que será indefinida, mientras la humanidad tenga conciencia de sus propios designios!

Los Clarence

A mi amiga Rosa de Espinas

El hijo mío, el que engendraron mis sueños, el que concibió y alumbró mi espíritu, ha muerto, amiga Rosa.

Soñando yo, su padre, vino al mundo y como si mis sueños fueran una condición necesaria a su existencia, cuando deje de soñar murió.

Amiga Rosa: lo mate al despertar.

Pobre hijo mío, lo lloré tanto que sentí morirme.

Y es Rosa, que a pesar de que soñando lo engendré y lo dí al mundo, no fué ello sin dolor (también se sufre cuando se sueña!

Y estos sueños que nos hacen concebir, son sueños dolorosísimos, es el mismo dolor de la muerte.

Si, escúchame bien Rosa, crear es morirse, porque crear es darse, dividirse, la muerte no es en suma sino una división...

De mi hijo, del más mío de todos mis hijos, no queda, sino la armadura, la floja armadura que no pudo o no supo aprisionarlo, el barro grosero, que no quiso idealizarse reteniéndolo en sus entrañas.

Y esas piezas de contextura débil, esa vil argamasa, no son dignos, ni de mi simpatía ni de mi cariño, ni siquiera de mis recuerdos.

Así amiga Rosa, cuando le hablo de mi hijo, recuerdo solo a él, no a la materia en que yo, su padre, quise encarnarle.

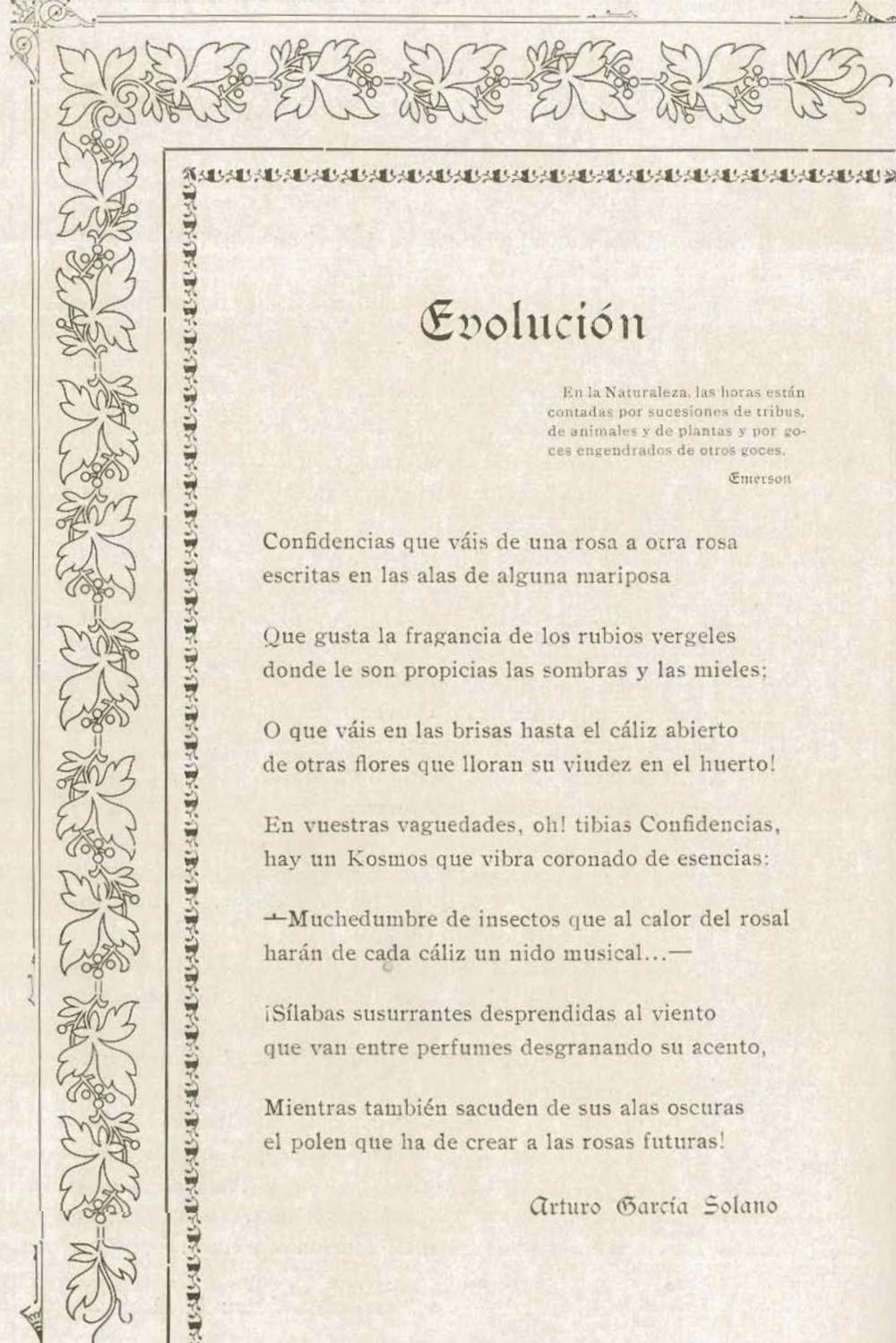
Hay mármoles que se resisten al cincel del artista, maderas donde no puede tallarse, lienzos donde no es posible pintar, así también, Rosa, hay mujeres y hombres que son rebeldes o demasiado groseros, para encarnar en ellos los alumbramientos de nuestro espíritu.

Amor que nace de sueños, que soñando nosotros vive, lo matamos casi siempre al despertar y al ver el indigno continente donde lo hemos encerrado.

Así fué como murió mi hijo, ese amor de que Ud. me habla, el ente de ficción a que me vengo refiriendo.

Pero Rosa, como todas las cosas del espíritu, como todos sus esfuerzos, mi amor, mi hijo, no ha muerto totalmente, más bien que muerto, podríamos decir que duerme. Yo lo resucitaré durmiéndome nuevamente, y entonces cuando yo me muera soñando y el viva de mis sueños, con la experiencia del pasado, sabre darle una forma digna, tal como él se merece.

Juan de Nerja



Evolución

En la Naturaleza, las horas están
contadas por sucesiones de tribus,
de animales y de plantas y por go-
ces engendrados de otros goces.

Emerson

Confidencias que váis de una rosa a otra rosa
escritas en las alas de alguna mariposa

Que gusta la fragancia de los rubios vergeles
donde le son propicias las sombras y las mieles;

O que váis en las brisas hasta el cáliz abierto
de otras flores que lloran su viudez en el huerto!

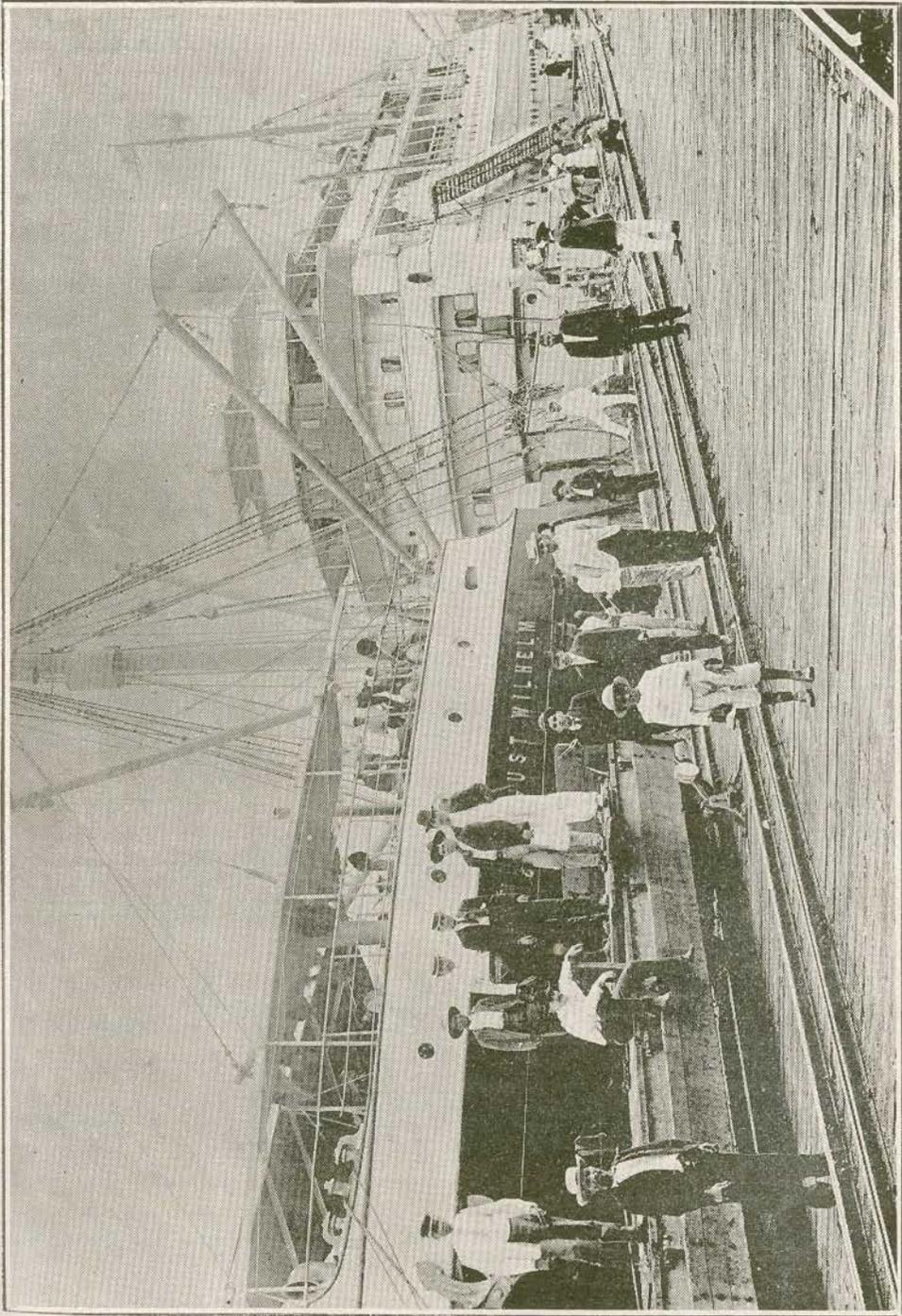
En vuestras vaguedades, oh! tibias Confidencias,
hay un Kosmos que vibra coronado de esencias:

—Muchedumbre de insectos que al calor del rosal
harán de cada cáliz un nido musical...—

¡Sílabas susurrantes desprendidas al viento
que van entre perfumes desgranando su acento,

Mientras también sacuden de sus alas oscuras
el polen que ha de crear a las rosas futuras!

Arturo García Solano



MUELLE DE LIMON

en el cual está atracado el vapor *Principe Augusto* de la Hamburguesa Americana, de la que es Agente en Costa Rica la acreditada casa John M. Keith

Arabesco pedagógico sobre el juego

Al amigo "Xenius"

O renovarse o morir, se ha dicho. Lo cual se aplica, claro está, al pensamiento lo mismo que al hombre. Pensamiento que no se renueva se muere. O lo que es igual, se convierte en tóxico. Y el renovarse del pensamiento es la rectificación. Voy, pues, a rectificar no algo de lo que en estos arabescos llevo dicho, sino algo de lo que en ellos han entendido otros. Tengo que rectificar el modo cómo algunos han entendido algo de lo que expuse.

Y así me pasaré la vida. Lo que es inevitable para quien, como yo, siente con tanta fuerza la verdad de los extremos que una vez afirma el uno y luego el otro, dejando que su juego de contradicción engendre la vida mental en quien lo reciba. Huyo de la síntesis de los contrarios al modo hegeliano, y creo más bien en el sistema de contradicciones que propugnó Proudhon. Y me siento, como Job, un hombre de contradicción. Gracias a Dios.

Digo, pues, que en aquello que os dije respecto al juego aplicado a la enseñanza, al juego pedagógico para enseñar cosas que sin juego repugnarían a los niños—y con juego también, porque son en sí y por sí repugnantes,—en eso han creído ver algunos una cierta aversión mía al juego. ¡Bendito sea Dios, y cómo se entienden las cosas!

Pocos, muy pocos, si alguno, más enamorados del juego y más propensos que yo a él. Pero al juego puro, ¿eh?, al juego que no es sino juego, al juego serio. Y llamo serio al juego en que no entra otra consideración que la de jugar. Así, el juego del jugador de monte, o de ruleta, o de baccarat, o de otro juego de azar, está de ordinario ensuciado por la cochina codicia. Sin que yo diga que no haya jugadores de esos que van al juego

por jugar y para jugar, los más de ellos van para sacarle los cuartos al prójimo y enriquecerse con el menor trabajo posible. Es codicia y haraganería lo que les mueve.

Y lo peor que tiene esa pedantesca aplicación pedagógica del juego a la enseñanza no es acaso tanto que estropea la enseñanza cuanto que estropea el juego. Esos juegos pedagógicos son como juegos, en su respecto estético, detestables.

Y aún hay algo más grave, y es que los padres—los padres, no los maestros,—los padres y las madres suelen jugar con los hijos, y al decir con ellos no quiero decir en su compañía, sino tomándolos de juguetes. Basta ver la necia satisfacción con que ciertos padres, tan bobos como egoístas, endomingan al hijo para que vaya a un examen a recitar de carrerilla cuatro respuestas preparadas, que ni entiende, ni aunque entendiera, le servirían para nada. ¡Y que rabien aquellos otros sus vecinos, cuyo hijo tropezó en una palabra y no iba tan guapo! ¡El colmo de la estupidez y de la miseria moral! ¡Y luego dirán que los padres...!

No me habrían colgado esa maligna sospecha de que rechazo el juego si hubiera leído una de mis dos obras de pedagogía, que es a la vez aquella de mis obras que, no sé bien por qué, menos favor ha hallado la pobrecita en el público que me hace lo merced de leerme. Refiérome a mis «Recuerdos de niñez y de mocedad», libro que escribí jugando con mis más dulces recuerdos, los de la infancia, y libro que me resultó una especie de ensayo de psicología infantil y de pedagogía. Porpue Dios, a quien sólo busca su reino y su justicia, le da lo demás de añadidura.

Los que hayan leído esa pobrecita

Cenicienta de mis obras—la más dulce, la más cariñosa, la más resignada de ellas,—habrán visto todo lo que pienso y siento del juego. ¡Como que llevo en los hondones del alma, como cimientos de mi vida espiritual, los juegos de mi niñez! Que fueron, iloado sea Dios por ello!, unos juegos inmaculados, puros, sin mancha de pedagogía alguna.

Ved lo que pasa cuando un intruso, más o menos pedagogo, se empeña en corregir y reformar esos juegos, y si hay en ellos recitados o letra de música, en sustituirla. Uno de los encantos del niño, como del pueblo—que es niño también,—es ensartar despropósitos y arbitrariedades, sin más hilo que el de un ritmo o una consonancia. Así es como el niño trata de libertarse de la lógica y gozar libertad en el reino encantado de la estética. Nada ríe tanto el niño como el despropósito, y lo sabemos bien cuantos gustamos de jugar de vez en cuando al despropósito con los niños,

Pero viene un pobre pedagogo, víctima de una lógica puramente formal, de esas por I, II, III, 1, 2, 3, A. B. C. a. b. c., *es así que... luego; queda evidentemente demostrado*, y demás mandangüelas, y trata de sustituir una letra libre, tradicional entre los niños, por una de esas cosas escritas expresamente para los niños por los mayores y que suelen ser el colmo del verdadero despropósito. ¿No es verdad, amigo *Xenius?* Y así sale ello.

He dicho una letra tradicional entre los niños. Y es que hay una tradición infantil, que se trasmite de generación infantil a generación infautil, sin que los mayores, incluyendo entre éstos a los maestros, se den muy clara cuenta de ella. Es más, he podido comprobar el caso, verdaderamente alarmante, de que los más de los hombres, en cuanto pasada la edad del pavo, entran en eso que se llama edad viril, olvidan lo más de su infancia. Uno de los más terribles efectos de la crisis de la pubertad suele ser borrar de nuestras almas la tradición infantil. Y doy gracias a Dios Todopoderoso de que me

ha guardado el tesoro de la niñez en el arca del alma.

Hace pocos días comiendo con unos amigos—Federico García Sanchiz, Fernando Iscar y Gabriel García Maroto—en la cocina de un lugarejo, me preguntó el dueño de la casa si es que yo había tenido alguna vez veinticuatro años, y le respondí:

—No lo recuerdo; creo más bien que salté desde los quince a los treinta y cinco. Que tuve quince, y doce, y ocho, lo recuerdo muy bien. De tal modo que, si continuase algún día escribiendo la historia de mi vida, saltaría desde los dieciséis años, mi salida del Instituto, en que acababan esos «Recuerdos», los de la querida Cenicienta de mis obras, hasta los veintisiete por lo menos, en que empecé mi vida académica en esta Universidad de Salamanca. Son los años de mi carrera y de mis oposiciones, mucha parte de los cuales pasé en Madrid. De donde mi poco apego a la villa y corte. Y es que Madrid me habla de los años tristísimos de mi melancólica adolescencia, de esa terrible edad del pavo, que fué para mí de indecibles torturas de espíritu. Viví en Madrid de pavo, pero de pavo a quien le asaban vivo los fuegos de las más tremendas inquietudes. Y mi crisis más grave fué más tarde, bastante más tarde, y fué la de volver a hallar el alma blanca y fresca de mi infancia, nacida entre juegos a orillas de aquel Nervión que va a perderse en el breve mar de mi Vasconia. Infancia verde, como las montañas de mi tierra; infancia en que mi alma reía llorándose, pero llorando dulces lágrimas, como el sol de mi Bilbao se ríe tras las dulces lágrimas del «sirimiri», de la llovizna.

¡No he de gustar el juego! Yo fuí, a mi modo, un gran jugador, o por si esto se presta a ambigüedades, un gran juguetón. En las tardes lluviosas, nada raras en mi Bilbao—y más entonces,—cuando no podíamos salir de paseo los del colegio—escuelas eran las de la villa, las de balde, adonde iban los chicos que decían padre y madre en vez de papá y mamá—mi

maestro, el bueno de don Sandalio— ¡Dios le tenga en su gloria!—buscando entretener a sus discípulos, me decía: «Miguel cuéntales algún cuento». Los reunía a mi alrededor y empezaba a contarles unos cuentos de tira y afloja, sin principio ni fin, a base de lecturas de Julio Verne y el capitán Mayne Reid, donde todos se volvían ballenas que se tragaban buques enteros y otras amenidades por el estilo. Y dudo mucho de que, no ya don Sandalio, sino el más docto pedagogo les hubiera entretenido mejor que yo con relatos de esos que llaman instructivos, de los de deleitar enseñando. ¡Como que yo era un niño como ellos!

Y no querría morirme sin haber escrito algún libro de cuentos arrancados de aquella mi alma infantil. Cuentos sin moraleja, por supuesto, sin esa indecorosa moraleja que es la maldición estética de casi todos los cuentos escritos «para» niños y por adultos que nada conservan de su niñez. Moraleja, además, que de ordinario es bicornuda—que es como llaman los lógicos a ciertos argumentos;—quiero decir, que lo mismo puede probar lo que era el abogado se propone que la tesis contraria. Es lo que sucede con las más de las fábulas.

No, la lógica es una cosa, la ética otra, y otra es la estética, aunque las tres se entiendan y hasta se asocien como buenas hermanas. Y aplicar el juego a la lógica o a la ética no puede dar buen resultado. Hay que defender la autonomía del juego, padre del arte, como tantas veces se ha dicho, y padre también de la ciencia en cuanto ésta es hija del arte. ¿No es verdad, amigo *Xenius*?

Yo les llamé una vez a ustedes, a los catalanes, niños, y añadí que les ahogaba la estética. Y aquí me tiene, amigo *Xenius*⁽¹⁾, confesando que si vivo, que si no me ha matado la desesperación íntima que en Madrid agarrotó a mi adolescencia, ha sido porque logré volver a encontrar mi infancia, la infancia brezada entre los brazos de mis montañas vascas, orillas del Nervión, cuando mi alma se ahogaba—¡dulce ahogo!—en estética. Aquí me tiene confeso y convicto... hasta que reincida.

¡Porque también lo otro, también lo contrario es verdad!

¡Y quién sabe si todo no es más que juego y juega con nosotros Dios...! En tal caso, jugaremos con El, imitándole.

Miguel de Unamuno

PAGINAS SELECTAS

El espejo

Cada vez que me observaba en un espejo recibía una impresión extraña.

—Ahí tienes, me decía.

—Pero ¿acaso soy tan sencillo como todo eso? me preguntaba.

Aquella imagen opaca, impenetrable, parecía tan ajena a mí mismo, como si fuese la figura de otro.

Por fin, una noche descubrí el verdadero espejo.

Sobre el jardín envuelto en sombras, bajaba el pálido fulgor de las estrellas.

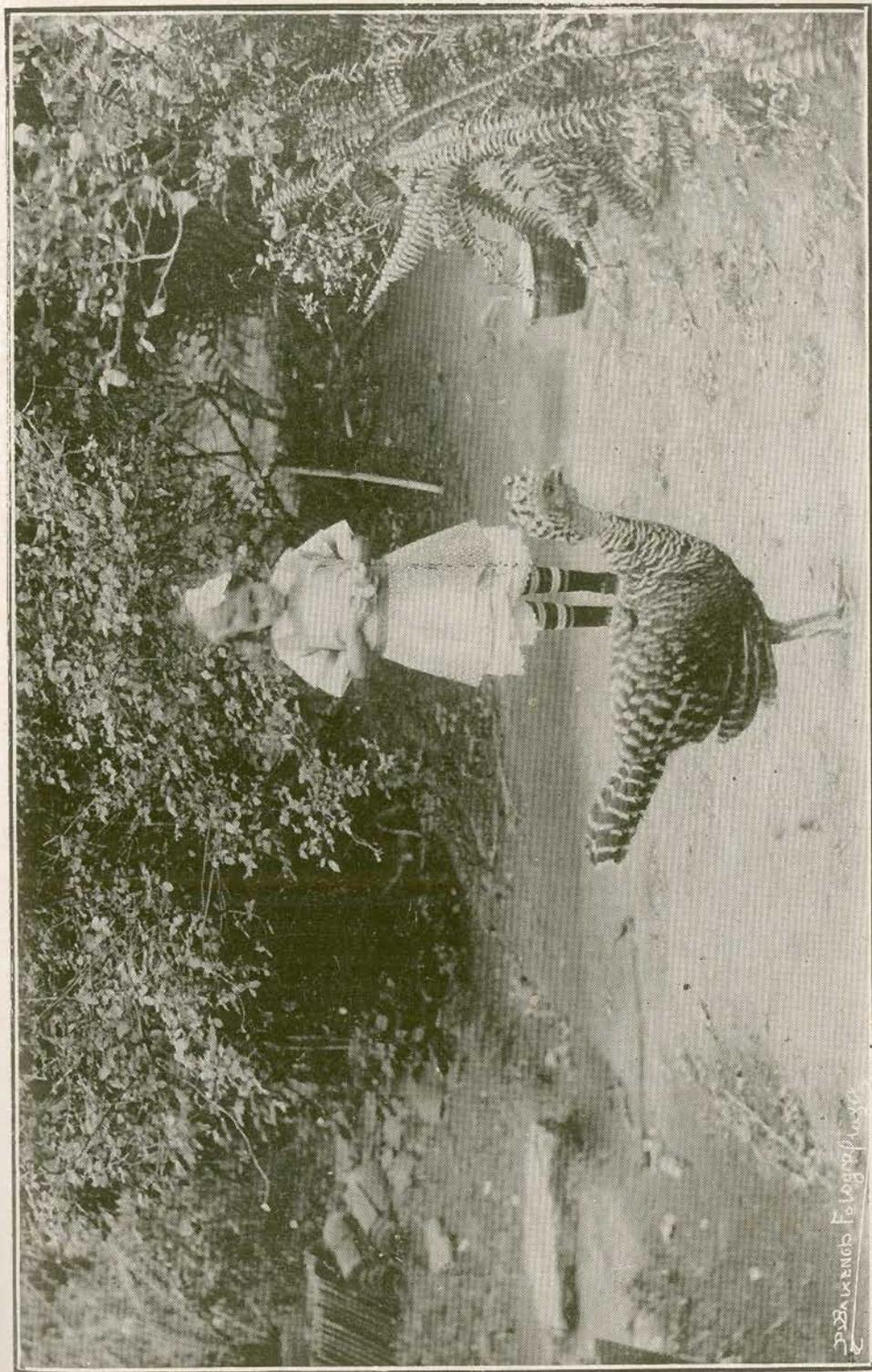
En los cristales de la ventana veía reflejada la luz de la lámpara y mi actitud pensativa. Pero através de mi imagen pude observar la arena de los

senderos, los macizos de rosas que florecían en mitad de mi pecho, las estrellas lejanas que brillaban en mi cabeza.

Pensé haber encontrado un buen espejo.

Aquella mi sombra, atravesada por franjas de arena, por rosales florecidos, por astros distantes, hablaba, con extraordinaria claridad, del origen de nuestro cuerpo y de las tendencias que llenan el espíritu humano.

(1) *Xenius* es el notable escritor catalán Eugenio d' Ors, que redacta en la revista *España* la preciosa sección de *Las obras y los días*.



BAIXENCHES FOTOGRAFIA

Composición fotográfica de nuestro colaborador artístico don Pablo Baixench.

El bosque

Con el viento, los árboles cantan una triste despedida:

«Cuando el hombre llegue con el fuego y el hacha, no nos será posible huir. Uno a uno recibiremos todos el inmenso suplicio. Los robles jigantes, las pataguas que florecen blancas y olorosas campanas, el coigüe airoso, el oculto guaguan que embalsama la selva, y otros cien, darán una sola y compacta ceniza, con la gloria de las hojas verdes.

«Va el hombre a destrozar el corazón de la selva para colocar el suyo. Juzgad ¡oh, tierra impasible que sustentas a unos y otros! Juzgad ¡oh, vientos que traéis las nubes, y nubes que traéis el mar! Juzguen asimismo las águilas que vuelan en círculos errantes...

«Un nuevo señor se apodera de la tierra. ¿Qué méritos le hacen deseable?

«Oid, vosotros, verdugos de todo lo creado, a quienes llena un eterno afán y un eterno descontento. Recibid, en nuestras palabras, el último fruto del bosque que va a morir.

«La unión de los árboles es su único templo. Un catedral jigantesca y doble, verde como una esperanza continuada, la que luce sobre la llanura, y

blanca la que arraiga en las profundidades de la tierra parda.

«Hincadas nuestras raíces en el suelo, con los brazos abiertos en perpetua oración, bendecimos al cielo.

«Libres de conocer la superficie de tierras extrañas, ahondamos continuamente en la nuestra. Así la existencia es un aporte continuo de sabiduría, y hace que un árbol nunca deje de subir.

«Qué hermosos serían ¡oh, hombres! vuestros ancianos diminutos si sus cuerpos fuesen altos y rectos como el del roble centenario! Y cómo flotaría la santidad sobre la tierra si, como él, en fuerza de su anhelo constante, fueran capaces de atraer y consumirse en el rayo de los cielos.

«En mil años de crecimiento invisible, en mil años de una constancia de que no es capaz vuestra vida efímera, soportando la crudeza de mil inviernos y la esperanza de mil primaveras, hemos formado la maravillosa hermosura de una solidaridad que jamás alcanzaréis vosotros.

«Alzad los ojos y ved! Ved cómo cada cual siente que los brazos de los que le rodean penetran hasta su corazón, y cómo cada cual hunde sus ramas en el corazón de los vecinos».

El poder de la sangre

Del dedo herido veía caer gotas de mi sangre. Brotaban lentamente, hinchábanse cada vez más y, al brillar como los granos de la granada, se desprendían sin ruido para hundirse resueltas en el agua de una fuente campesina.

Cien gotas cayeron en ella y toda se tornó roja como si fuese sangre vertida por la tierra.

Un ermitaño que pasaba por el sendero, pálido de asombro me preguntó: —¿Dónde te has herido?

—Una rama me hizo este pequeño rasguño; ved—contesté sonriendo.

—Pero ¿cómo puede ser que una herida tan pequeña haya manado la sangre necesaria para llenar la fuente?

—¿Por qué olvidas—le dije—que la sangre es poderosa? Basta muy poco de ella para convertir en púrpura a un agua considerable.

Cien gotas han caído aquí y tú ves: el agua dócil es ahora sangre de mi sangre.

¿Has oído decir que la sangre es es-

píritu? Ante le vista tienes el milagro de tu poder.

Medita en ello.

La boca es la herida del espíritu.

Manan de allí las palabras como las gotas de sangre que vierten las heridas y caen en el aire como en agua trasparente y débil.

Ah! si distinguieras esta brisa que te lleva cuanto digo, mudo de asombro la verías teñida de mi espíritu seguir por los campos su vuelo vagabundo.

Pedro Prado

Musgo de ruinas

Por Francisco Soler

El hermano Pedro de Bethancourt, apagada la candileja que debía enseñarle aquel camino lleno de cruces y de ladrones que se alumbraban en la alta noche con el rebrillo de los puñales, se santiguó santamente, temblona la mano milagrosa bajo la tranquila gloria del ocaso, para salir del poblado estremeciéndose de frío, todo envuelto en el amplio sayal pesado que daba a su luenga traza de esqueleto de ave, misterio de sombra legendaria condenada a seguir sobre la tierra por hartos milenios, como las piedras que ruedan entre el polvo.

Iba silencioso; encorvados los huesos de la espalda que punzaban el hábito, anda, anda, sin goznes y ligero, a zancadas aviesas perdidas en medio del pedregal. En el cielo de porcelana ahumada, donde las estrellas parecían astillas, puestas las pupilas luminosas que empezaban a equivocarse en cuanto se alejaba de los faroles que hacían danzar su proyección en giros derrenegados pero ceremoniosos. Era azas magro. Y el sol africano habfalo quemado al extremo que se creyera bien una imagen de antaño, en la que el bronce, rebelde al cincel, quedó plagado de aristas. Tenía el aire asunte de los poseídos; la manera ruda; los ojos muy abiertos que se desvanecían al rumor calmoso de las preces de tan azules, no cesaban de ver milagros; y las manos clementes, un poco jaspeadas, hechas para sembrar flores, repartir pan a los hambrientos y bendecir a las gentes sencillas que lo amaban:

indios mugrosos cultivadores de maíz blanco y bermejo café, o guerreros hoscos que en las horas de paz suspiraban por el solar castellano. Acordaba, en la vaguedad crepuscular, las sombras del otro mundo. A su paso peinaba el suelo la pluma del cambergo desprendido de la cabeza argentina de cualquier rancio noble que tornaba de un lance de galanía, afectando gallarda soltura al caminar con rumbo a la reunión de conspiradores; contra el régimen colonial; inclinábase reverente el mantón que ocultaba alguna añeja matrona de esas que rezan emocionadas, recogido el ánimo por el arrepentimiento, todas las tardes del invierno después de haber pecado en primavera todas las noches, encendidas y palpitantes como una llama al viento; esbozaba una salutación el lego de barbas espesas que volvía al claustro, zagüero del borrico, el morral henchido de limosnas; y la mozu@la compugidamente maliciosa a quien sorprendió el toque de ángelus en la calle, sonreíale antes de doblar la esquina donde la acechaba el alferez recién llegado de combatir contra una tribu revuelta, adoradora de las divinidades con viceras de obsidiana, feroces y sangrientas. Y él respondía beatífico, llamando hermano al linajudo jinete de lanza y ferrea armadura lo mismo que al misero que muere a pedazos devorado por la lepra, mientras se quebraba en muy torpes zalemas que la sombra remedara. Pero no se detuvo hasta tropezar en una casuca

sarnosa alumbrada con rota linterna crepitante que colgando del dintel de la puerta donde estaba un mastín, sacaba a ratos de la oscuridad a un hombre rojizo, granuliento y regordete, gran jugador de tresillo y mal escultor a quien llamaran Alvaro Arias que se decía connotado de don Rodrigo.

Adelantó el hombre seguido del mastín manchado a parches que quería lamerle las manos de rugoso y pecosa redondez en tanto plegaba las orejas moviendo la cola. El hermano Pedro lo contuvo cuando intentó besarle el hábito por el borde. Luego, en cristiano saludo, pidió paz y buen abundamiento para aquella casa. A la vez halagaba el lomo del animal que se le restregaba en las piernas. Por fin de manso convirtióse en agrio de tal guisa que su talante fué demasiado exigente:

—Cómo va eso, don Alvaro?

El hombre, hurtando los ojos sanguinolentos que fingían dos llagas de las que ostentan algunos mártires, se deshizo en largas explicaciones, con rígido ademán de títere mal labrado y gestos que la linterna copiaba desproporcionadamente:

—Ay, hermano! Sólo Dios sabe que he realizado lo imposible por se la llevar hoy mismo. Mas he aquí que la pintura no secó. Y eso que la expuse en la ventana. Por la ventana entraba sol que era una bendición y sin embargo no secó. He realizado lo imposible, sólo Dios lo sabe, magüer mi dolencia del asma que la tengo recrudecida, y mucho.

—Sino que la romería es mañana, don Alvaro.

—Mañana al rayar tendrá usted la Virgen en el convento. Mañana, todo lo más tarde con la primera claror. A dónde va el hermano en noche tan cruda? A tratar con los ladrones según San Francisco con el lobo? Ay, ya era de rigor! Las tropelías que cuentan hechas! Pero ninguna semejante al despojo del conde. Y venía haciendo compañía a mi señora la condesa! Dios santo! El día menos pensado lloverá fuego. Quiere el hermano que vaya a su vera?

El fraile habíase puesto en cuclillas a fin de encender la candileja. Parecía un montón de arapos. Al cabo levantóse luz del suelo que enredándose en los pliegues de sayal cobrara viveza de llama, y, como el rostro lo tenía al resplandor de la linterna colgada en el dintel, simuló un alma en pena. Así que se incorporó, muy lento asió por un brazo al escultor:

—No, no venga usted conmigo. No venga. Vamos, si, a ver la Virgen. Y a prisa que he de irme antes que cierre más lo oscuro. Vamos a prisa, don Alvaro.

No obstante el viejo no se movía. Habíase vuelto de laya que cortaba el paso, repitiendo todo mieles, con las llagas de los ojos caídas, que no debían entrar ambos porque el hermano iba a tropicar en aquel revoltillo de cuarto y dar de ese modo con los huesos en tierra. Y de un soplo mató la luz. Quedaron recortados a medias en la sombra. En ese momento vió el fraile apagarse también la silueta de un mozo de airada arrogancia que protegía, valiéndose de la capa, a una muchacha menuda, quebradiza, cual si hubiese sido modelada para vivir dentro del marco de un espejo, cautelosa junto a la ventana. Sintióse arder en ira. Sin embargo se refrenó. Hízose su voz socarrona:

—Ande, don Alvaro. Ande y me trae la Virgen, no sea que adquiera costumbres poco edificantes.

—Por qué lo dice, hermano?

—Ande y vuelva pronto que pudiera enterarme de cosas que no me cumplen. Yo siempre he gustado de respetar los secretos de las mujeres. Más si son jóvenes y por allí graciosas. Y no es que en verdad no me dé grado el verlas ruborizadas. Sabía que usted era hombre de añagazas en el juego, don Alvaro. Lo que no conocía era su destreza en el arte de los amores ajenos. Ande, que lo espero.

El hombre, que tenía ahora las llagas de los ojos en supuración lacrimosa, borróse para regresar trayendo la Virgen en brazos, sostenida sobre el vientre voluminoso, papandujo,

echado hacia atrás, congestionada la faz grasienta y un poco contraída; se quejaba cual en un martirio:

—Aquí la tiene.

El hermano al ver la Virgen se signó violentamente, asustado:

—Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida.

—Qué Virgen! Esto no es una Virgen. Esto es una blasfemia. Qué rostro! Qué boca! Esto es una blasfemia! Más parece una alcahueta! Ya se ve, algo habrá aprendido en la frecuentación de don Alvaro Arias.

—Quien blasfema es usted, hermano.

—Silencio, mal hombre.

Reprimió una amenaza que le llegara al puño y después de recobrada la paz natural, marchóse camino abajo, al amparo de los higuerones, en pos del mastín que se puso a ladrar cuando el filo de la luna partió las nubes y el cielo sombrío destiló luz rala, opalescente y quimérica sobre la palpitation de las hojas.

Hacía frío. El hermano Pedro caminó alígero y descompasado hasta muy tarde, semejante siempre a una sombra del otro mundo, larga y negra a la palor de la noche acerada. Pero le faltaron las piernas. Entonces se echó a descabezar un sueño piadoso en la pampa donde el ganado, confundiendo con los pedrones informes, estaba tendido. El viento ondulaba en cima del zacate. Y un toro que acariciaba con las ancas a una vaca, lamiéndole al mismo tiempo el cuello alazán, volvióse para aspirarlo en su polenitud agreste. Mugió. Lanzóse contra la hembra que huía. Saltó. Arqueóse poderosamente. Retembló como sino resistiera la corriente de aire. Luego descansó soltando vaho por las fauces, muy alta la testuz, vidriantes las pupilas, firme cual un reto en plena montaña. Repentinamente resonó un alarido. Era una rasgadura en el concierto del ramaje mezclado al fragor del torrente que se desplomaba a lo lejos como un desbordamiento de la luna que, rota por el pico del volcán, habíase transformado en gota de leche

dormida sobre un pezón. Despertóse el fraile en sobresalto. El alarido se alongaba doliente. No cesaba de ahuyar el mastín. Y el alarido lastimero estallaba contra el eco. Qué sería, qué sería? Ah, los ladrones! Alguna nueva hazaña de los ladrones. El primer impulso, aún entre sueños, fué agresivo. Mas recordó que la suya era misión de concordia. Y al erguirse desdeñó un guijarro que requiriera lleno de susto, alebronado, en el esguince de la boca leve rehilo, el cuerpo enjuto y flojo, todo de hielo. Qué sería, qué sería, Dios santo? Al pie de un árbol, sumido en la negrura, ladraba el mastín. Qué sería, que sería? Acercándose a rastras el fraile producía en las hojas secas ruido de serpiente. El alarido menguó hasta ser sollozo. En cambio el lebrél se enfurecía, corría del árbol al amo y tornaba. Y en lavantando el hermano Pedro la cabeza, su mirada escrutadora tropezó con un cuerpo humano atado de un tronco en la forma que pintan a San Sebastián. Pensó en una aparición. Estaría ante el santo? Pero no. Quien allí se encontraba era una mujer; la cabellera bruna recatábale el pecho de irregular respiración, flotando con la gracia de los paños que velan las imágenes en las sacristías. El sollozo no era ya más que un suspiro lento, prolongado. Encendida la candileja que el viento defendió porque se llevaba las chispas del yesquero, llegó hasta la mujer para desatarla y de esa suerte tenderla sobre la tierra donde le dió a beber agua que trajo desde la quebrada por una vereda hostil hecha apenas para el tránsito de los contrabandistas que salían una vez oculto el sol.

La mujer, casi una niña, entró en calma. Estaba pálida, y de pálida transparente, con una mortal amarillez de pergamino, al punto que en su rostro se leía como en los palimpsestos borrada alegría, muerta bajo la imposición dolor. Era de una blancura de flor montañesa y tenía el alma llena de espinas como los nopales de los cercados. Había llorado tanto un amor extinto, que los ojos negros, al

aprisionar el paisaje semejantes sobre el rostro a dos retablos suspensos de encalado muro, clareaban en tono pardo entre el marco de las pestañas. En la boca gruesa, antiguamente preñada de besos y oraciones, la sonrisa había perdido cierta agitación de alas para asumir melancólica quietud de rosa desprendida del tallo. Cuando el raudal caudal de su angustia se arremansó, repuso a las palabras de unción balsámica con que el hermano Pedro la consolaba, refiriéndole la aventura de aquel mal. Venía de la noble casta de los Peña, rica en guerreros más que hombres de ley, y la nombraban Marí Rosario. Servida del amor de los gentiles en la villa, el suyo túvolo tan sólo un alférez que prestaba su actividad en los tercios de occidente, mozalbeta temido en cuya impetuosa lanza descansaba el reposo del Capitán General. Todos lo apodaban si por su arorjo, si por su lealtad, Cabeza de León; pero es el caso verdadero que de la pila sacó el nombre de Diego Miguel de Albuquerque e Iriarte; y bien que supo ilustrarlo. Antes del anohecido, a la hora en que se entristecen las campanas, a la hora en que se ensancha el ánimo y nadie sabe en grado cierto qué quiere sobre el haz de la tierra, a la hora en que la luz empieza a fingir sombra esmaltada de rojo y azul, solían verse en la boca del camino de Mixco, a hurto de los padres de Marí Rosario que para un terrateniente muy principal la tenían reservada. Allí, sobre la grama, entre besos, mientras él refería prodigios de sus hazañas deshojando margaritas que conocen el secreto de los corazones, ella tejía encajes con el hilo incosútil de la ilusión. Tal hasta la noche anterior, pues sucedió que, cuando esperaba ésta al amante, la ataron varios hombres encabezados por don Alvaro Arias a quien conoció en las llagas de los ojos. Lleváronla luego a una casuca habitada de imágenes rígidas, sordas a los ruegos, y de jayanes que refán de sus lágrimas. La dejaron sola en una guardilla donde oyendo el crujir de las vigas, volvió

a sentir el miedo de los fantasmas que le produjeran durante la niñez los rayos de luna que se colaban por el calado de los visillos. Mucho rato pasó temblorosa como una oveja de olocasto, sin que se presentara nadie. Mas un momento después de que el sereno anunciara la de ánimas, abrió la puerta el viejo terrateniente, señor de su destino merced a voluntades superiores. Y como ella desdeñosa a los ruegos, esquivó las caricias, vinieron a sujetarla dos embozados de los cuales uno estaba tan borracho que se rompía de risa. El viejo la abrazó. Por su lado ella, que en un principio se defendiera, sintió que le flaqueaba la carne hasta rendirla a una curiosidad de serpiente, ardiente, inconsciente. La abandonaron de nuevo, más tarde. Hacia el filo de la media noche, los mismos hombres la sacaron sin atender al dolor de los remordimientos que la desesperaban. Y camina que caminarás no pararon hasta dar con aquel árbol donde la despojaron de cuanto la cubría. Amarráronla así, se ensamblaron después en la noche, y, a poco, comenzó a llover bajo el cielo de plomo.

El hermano Pedro, al oscilante resplandor de la candileja, enjugaba las lágrimas de Mari Rosario, la pobre. Ya él no lloraba. Tenía fiebre. Improviso, comprendió que la sangre se le transformaba en llama violenta e inquieta dentro de las venas. Fue entonces cuando pidió fuerzas con los ojos suspensos en la altura:

—Señor, líbrame de tentaciones. Tú que pusiste un beso casto en la boca de la cortesana de igual modo que hubieras sembrado un olivo en medio del rugir del combate, líbrame de tentaciones. Arroja de este humilde siervo los malos pensamientos con la ira que usaste contra los mercaderes del templo y líbrale de tentaciones. Ten piedad de mí; tú que arrancas de cuajo por medio del rayo los cedros de honda raigambre, despójame de esta pasión naciente; que se la lleve el aire como al azahar del limonero; líbrame de tentaciones, Señor.

Marí Rosario se empencinaba sollozante:

—Yo soy la culpable. Por mi culpa. Por mi gravísima culpa. Yo soy la culpable. Yo soy la culpable.

Y el hermano le acariciaba la frente pasándole la mano abrasada sin interrumpir el ruego:

—Así, también, Señor, tú que moriste en la cruz por redimir a tus hijos, acuérdate de esta mujer que llora los pecados del prójimo. Que si alguno tuviera hartó purgado lo ha. No olvides que San Agustín enseñó a los hombres que las lágrimas son la sangre del alma. Y pues ella llora desde anoche empieza a quedar exagüe. Ten piedad de nosotras.

—Yo soy la culpable. Yo soy la culpable. Quien peca por amor encuentra perdón. Para quien peca contra el amor no hay misericordia. Yo soy la culpable. Yo soy la culpable.

A todo esto el fraile habíase despojado del sayal para partirlo por medio en dos. Arropó en seguida a Mari Rosario, mal encubrióse a su vez y levantándola en vilo, echóse la sobre los hombros. Empezó inmediatamente camino del poblado; rezando fervoroso ofrecía aquel esfuerzo rayano en sacrificio al Señor, mientras la dolorida mujer insistía locamente, los brazos agitados, viperinamente convulso el vientre:

—Yo soy la culpable. Yo soy la culpable. Yo soy la culpable.

Frisaba el alba en aurora rica de oro, tan espléndida que el hermano Pedro tuvo que acelerar el paso a fin de no ser sorprendido en las calles con su cargamento extraño. Iba frente a la casuca de don Alvaro Arias cuando comenzaron las campanas a anunciar la primera misa. Pasó sin notar cómo habían cerrado la portezuela que arrojaba los postrimeros destellos de mortecina luz que denunciaba una noche de vela. Poco había avanzado, atento al canto de los gallos madrugeros que despertaban a los feligreses, y de la casuca destacáronse tres sombras que siguieron, precavidas, sus huellas. Llevaban entre todas, sostenido en lo alto, un

bulto con equívocos rasgos humanos, por lo cual parecían aquellas tres sombras, la sombra multiplicada del fraile que se internó momentos después en la iglesia de la Merced, donde sólo se percibiera la tos monótona del sacristan que estaba encendiendo los cirios.

El hermano Pedro descansó a Mari Rosario, ya dormida, en un reclinatorio de ébano que lucía, grabadas a fuego, las armas castellanas y la cruz del Redentor. Como lo debilitara la fatiga, casi no soportaba aquel cuerpo; por eso el golpe, al dejarlo, fué recio y se esparció bajo la nave con ruido orondo, prolongado, pavoroso. Ocurriósele que podía vestirla con un manto de la Virgen. Y a solicitarlo del sacristan fué, arrastrando las sandalias que rayaban ásperamente el silencio. Entonces las tres sombras, rezagadas, para ocultarse, en la puerta, adelantaron despacio, muy despacio, sin ruido, cual si flotasen, hasta vendar a la mujer. Alzáronla, colocaron en el propio lugar el bulto que traían, y, aprisa, a mucha prisa, pusiéronse a buen cobro.

—Por allí no, don Alvaro.

—Por dónde, pues.

—Por aquí.

Torcieron el rumbo y a penas se esfumaban en el marco de la puerta falsa, cuando entró la primera devota en la iglesia.

El hermano Pedro sonreía muy contento de su hallazgo mientras se aproximaba al reclinatorio. Pero al notar la transformación de Marí Rosario en imagen divina, soltó de las manos el manto. Estaba congelado; tenía los ojos inmóviles, de vidrio; la barba en un temblor; los huesos de las piernas tan acobardados que no lo resistían. Cobró, sin embargo, vergüenza de su miedo y mediante un esfuerzo supremo se repuso algo para postrarse en oración, con el hilo de un suspiro enredado en el pecho:

—El Señor lo hizo! Era una santa! El Señor lo hizo porque oyó mis ruegos; porque era una santa. El Señor lo hizo! El Señor lo hizo!

La beata que entró cuando los la-

drones se ausentaban, repetía como un eco sobrenatural:

—El Señor lo hizo. El Señor lo hizo.

Invadían la iglesia los romeros de la Virgen. Eran buenas gentes venidas desde lejos: Indios de cobre que vivían a la orilla de los ríos y quemaban los maizales por el mes de San Juan; Mengalas de cedro amargo, con los brazos frescos como los arroyos, que vendían frutas las mañanas de mercado y consolaban las tristezas de algún aventurero en las noches de lluvia; Soldados de acero que llegaron a la América atraídos por una visión aurea y pensaban ahora repatriarse más pobres que lo fueron. Y también eran vecinos de la ciudad orgullosos de su prosapia o vanidosos de sus riquezas: Matronas que conspiraban, hilando en la rueca; Hidalgos austeros; Segundones galantemente parsimoniosos; Y rapazas que temían a Dios y adoraban a los hombres. Entre todos mezclábanse los miserables, los esclavos, los parálíticos que se arrastran y los ciegos que interrogan a los cielos.

Aquel murmullo creciente sacó al hermano de la meditación en que se hundiera. Dolorido como estaba por la vigilia, juzgó que no podía sostenerse más en pie y marchóse a buscar la estera reparadora. Mas, en la puerta mayor, hubo de tropezar con don

Alvaro Arias que venía lleno de fe, a pedir gracias a la Virgen. El fraile le engarfió de sorpresa las manos en los hombros:

—Todo lo sé!

El hombre se encogió de dolor:

—Yo también, hermano.

—Mal hombre!

—Si no fuera por mi maldad el milagro no se realizara. Ay!... Perdóneme, hermano, perdóneme.

—Mal hombre! Ladrón!

Don Alvaro habíase tirado sobre la lonja convertido, por la fuerza del fraile que se ensañaba, en una sola mueca:

—Perdóneme. Ay!... Si no fuera por mi maldad no tendríamos milagro. Perdóneme. Para el ladrón arrepentido hubo clemencia...

El hermano Pedro lo soltó; levantó la diestra trazando una cruz en el aire; y sobre el pecho desnudo la zurda golpeaba:

—Es verdad. Yo lo perdono en nombre del Padre, del Espíritu Santo y del Hijo que vino por salvarnos.

Y se alejó, encorvados los huesos de la espalda que le daban figura de esqueleto de ave, a grandes zancadas, delante del mastín, siguiendo con los ojos azules una golondrina que hacia el sol suspenso del ramaje de nubes como un nido de oro, tendía el vuelo bajo la gloria matinal...

Notas de viaje

¡Un minuto...!

Todos los pueblos de la ávida Castilla se parecen: los forman un racimo de casucas de color tierra, con ventanas enrejadas y aleros muy saledizos acurrucadas en la suave falda de un altozano. Los días se suceden y nada imprevisto ocurre allí; la vida fluye mansa, con la unisonancia de un ritmo siempre igual. Ni canciones, ni ruido de fábricas, ni algarabía de trajinantes. Todo calla ganado por la severidad mística del horizonte mon-

do, de la llamada estéril donde el polvo es plata bajo el sol. Por las tardes, las cigüeñas que habitan la torre de la iglesia, abren sus alas para describir en el espacio el mismo número de vueltas y luego regresan a su nido; durante horas su perfil grotesco, inmóvil, pinta sobre la melancolía vespéral la inquietud de un signo interrogativo.

Desde el pueblo arranca un camino gris, bordeado de árboles mezquinos,

que conduce a la estación; estación pequeña, de ancho tejazo y frontispicio exornado por un reloj de dos esferas, ante la cual el correo de Madrid se detiene un minuto. Un grupo de eucaliptos sombrean el andén arenoso y añaden al panorama una dulce nostalgia.

No todo reposa, sin embargo, en la aldea dormida: bajo aquellas techumbres pardas, tras aquellas ventanas herméticas, las imaginaciones femeninas arden y con su mismo aislamiento se consumen como encendidas lámparas. Esta doncella borda, aquella repasa las ropas que va sacando de un cuévano, otra estudia su lección de piano... y mientras todas se acuerdan de que, un poco más tarde, será hora de reunirse para ir a ver el tren.

De cuantos trenes cruzan por allí, el único que interesa al mujerío es el correo. El expreso no se detiene y su afán envuelve una descortesía; los mixtos llegan a horas intempestivas, y sus vagones cerrados son inexpressivos. El correo que conduce viajeros alegres y pasa a las siete y cuarenta de la tarde es el mejor. Todas las muchachas se citan diariamente para salir a recibirle; se reúnen en sus casas y luego, vestidas de gayos colores y con flores en la cabeza, acuden a la estación. El viejo camino polvoriento, triste como una arruga de la tierra, se alegra con el rumor de aquellas faldas juveniles.

Vibra de regocijo el minúsculo andén; las mozas, cogidas del brazo, van y vienen. El tren que esperan impacientes, como a un Rey Mago, nunca falta a la cita. Un silbido lo anuncia, y de pronto aparece, negro, fragoroso y humeante. Pasa la máquina jadeando, rechinan los frenos y, cual por ensalmo, se detiene el convoy. Las ventanillas de los vagones se llenan de caras curiosas; algunos viajeros requiebran a vírgenes lugareñas, que les miran riendo, con hilaridad provocativa. Una voz grita:

—¡Equis... un minuto!...

Suenan tres campanadas, y el tren sigue, se aleja, disminuye en la dis-

tancia, ya se perdió... Y las muchachas regresan al pueblo contentas porque lo han visto, porque le vieron ayer, porque le verán mañana, siempre...

La Felicidad constituye algo tan fortísimo, supereminente y precioso, que la partícula más nimia, el átomo más infinitesimal desprendido de su divino manto, puede hacernos dichosos; por lo cual se parece a la Belleza, cuyas migajas son de tan egregia condición, que la menor de todas bastaría a darle a un artista la inmortalidad. Y así, con «ese minuto» que el tren hizo alto ante el andén pueblerino, todas las doncellas que acudieron a esperarle se juzgan pagadas.

—Veinticuatro horas aguardando la llegada de un minuto!—exclamará algún lector;—¡es demasiado!...

Yo creo que no. ¡Es tan penetrante, tan intensa, la fragancia de ese minuto, que impregna de su aroma todo el día!... Es más: no había de llegar, y el regocijo con que nos preparamos a recibirlo habría bastado a hacernos dichosos. Imagen de nuestra felicidad es ese tren que las muchachas pueblerinas esperan. ¿No son también las almas como estaciones por donde el convoy de la Ilusión ha de pasar?... Y si pasó, en efecto, y se detuvo un instante, ¿quién será tan ambicioso, tan insensato, que se crea defraudado?... Además, ¿no hubo, y seguirá habiendo, millares de seres que murieron felices precisamente porque murieron esperándole?...

El tren se detendría más de un minuto, y perdería algo de su interés; la dicha se retardaría unos segundos más en nuestro corazón, y acaso entonces nos pareciere menos apetecible. Las mujeres adoran los trenes porque son bellos, y lo son, porque apenas llegan, se van, y lo que se va es recuerdo... ¡y sólo el recuerdo, que es tristeza, es poesía!...

No llores, lectora, porque en esta vida, como en el tren, nada es definitivo: todo fué pretexto para ir adelante...

Eduardo Zamacois



La flota de los aliados recogiendo al rastro las minas en el estrecho de los Dardanelos. El paso que se presume sembrado de minas está recorrido en todas direcciones por vapores o torpedos de poco calado adjuntos a dos redes o cuerdas tendidas y mantenidas a cierta profundidad por medio de pesos. Estas minas, muchas veces colocadas en línea y amarradas adjuntamente para mejor cerrar el paso, son arrastradas en gran cantidad, por medio de larguísimas cuerdas, siendo ello motivo de que algunas veces las minas así recogidas se empujan entre sí produciendo las explosiones con gran peligro de los marineros encargados de recogerlas.



*Soldados franceses avanzando para tomar provisiones en el Iser
en medio de una tempestad de nieve*

De alma a alma

(Para el Presbo, Pallais, en León de Nicaragua).

La caravana errante de mis ensueños locos
se detuvo un momento y frente a tu ventana,
y te quise y te dije lo que le he dicho a pocos:
bajo más limpios soles yo te he de ver mañana...

El viejo León ha sido para mis ilusiones
como un dulce y materno regazo de quietud...
con sus calles desiertas, y con sus torreones
ha inyectado en mis venas sangre de juventud.

Y aquí te he conocido como una flor exótica
muriéndose sin aire, sin calor y sin luz,
tu siglo fué aquel siglo de la columna gótica
o los tiempos benditos del apóstol Jesús.

Te encontré en un recodo de mi pobre camino
y advertí en tus maneras un reflejo de mí...
hoy prosigo mi viaje, eternal peregrino,
hacia costas brumosas de un lejano país.



Y al dejarte en la quieta devoción de tu hastío
que señala la última página del misal,
pienso que una hora de estas tomarás el navío
después de haberle echado llave a la catedral.

J. Albertazzi Avendaño

El hombre que vive...

Mi linda interlocutora... Yo me extasiaba oyendo las encantadoras locuacidades que brotaban de aquella cabecita de ensueño. Me hablaba con graciosos mohines, en tono sentencioso, con ademanes fingidos de gran señora, con risas burlescas de chiquilla.

De pronto calló. Hubo unos minutos de silencio, como si fueran una tregua para que el espíritu meditara y compendiará las palabras dichas. Los pasos de los transeuntes sonaban sobre la acera de un modo extraño. Pasó rápido un hombre. Uno, cualquiera.

Como continuando una frase comenzada en su imaginación, dijo mi amiga: «Ese que acaba de pasar parece un hombre que vive. verdad?»

Yo sonreí por cortesía. La frase me pareció banal, ingenua.

Calló otra vez. Pero yo medité entonces su frase y hallé, con gran sorpresa, que *no todos son el hombre que vive.*

* * *

El hombre que vive... Lo encuentro a cada instante en mi camino. Me saluda cortésmente y me sonrío con una afabilidad que demuestra buena digestión.

Cuando viajo en ferrocarril, se me acerca en demanda del mágico *bibelot* de cartón, en forma de cuadrilongo, a cuya presentación obtengo un efímero derecho de inquilinato, en el interior del wagón, por un sitio más pequeño que el que ocuparé en el Cementerio.

Por la mañana, mientras bostezo en mi puerta, rumiando todavía el sueño, lo veo llegar presuroso y agitado, y sin decirme nada, me deja en las manos el cotidiano ejemplar del diario que me entera de la última crisis ministerial, de la enfermedad que sufre la Baronesa X..., del último suicidio

de un imbécil y de otras cosas de menor importancia.

Esta tarde lo volví a ver. Iba llenando el vientre de su tilburí. Siempre con su invariable aspecto de hombre de ciencia, expresión impecable, espejuelos, mirada grave. Al verlo pasar, me quedé envidiando la suerte del enfermo que pronto se vería libre del fardo de la vida, en cuanto el hombre del tilburí le aplicara su ciencia.

A las 9 y 5 de la mañana lo veo en el Parque. Está alimentando de carbón las antenas de los arcos voltaicos.

Más temprano, a las 7 en punto, paso frente a su despacho de Notariado. Invariablemente a esa hora está introduciendo la llave por el agujero del llavín. Y con la otra mano recoge un estornudo en su pañuelo blanco.

Otras veces veo a *mi hombre* en su despacho. Me atiende siempre allá, desde el fondo del escritorio mugriento de caoba donde vive incrustado. Es pálido. Flaco. Viejo. Sus ojillos giran con rapidez y con viveza. Sus manos son flacas, largas, manos de tísico que se mueven con reumática torpeza. Revuelve papeles. Limpia sus anteojos. Estruja la nariz entre sus dedos flácidos. Frunce el ceño. Y, al fin, se me acerca: «Aquí tiene Ud. su expediente, caballero».

Y, *¡o me voy con mi expediente.*

En el último Carnaval político mereció la confianza de muchos ciudadanos. Lo consideraron digno de representarlos. Yo lo ví en su asiento. Opinaba en las sesiones del Parlamento. Y, cuando no opinaba, se entretenía en hurgarse los dientes con un fósforo.

Es también banquero. Vende letras de cambio y fuma puros Londres. Naturalmente, usa espejuelos. Y habla inglés, con ese acento pesado que tienen los yanquis. También bebe Whiskey.

Es propietario de una fábrica de corchos y avalorios. Tiene 586 empleados. Y, además, caballeriza. Y un lacayo negro que usa botas de charol y chistera y chaleco verde. Además, tiene esposa y tres hijos. Sólo uno es rubio.

El hombre que vive... Lo encuentro a cada paso. Unas veces me sonrío, otras me mira con desprecio, otras no me mira.

*
*
*

Pero no todos son el *hombre que vive*. Veamos unos que no lo son.

El domingo se me ocurrió ir a misa. Un hombre, disfrazado con un vestuario a todo color (como las portadas de los Magazines) y semejante a personaje de zarzuela, oficiaba frente al altar. Mascullaba los latinajos del Misal. A ratos sorbía vino. Luego levantó en vilo un círculo blanco, pequeño, hecho de harina de trigo, según creo.

Yo, no entendí nada. Pero inquirí el secreto de la vida del oficiante. Supe que no hacía nada que no fuera lo que ví. Y me callé.

Por la noche, estuve en una cantina.

Pedí un vaso de cerveza y, al tomarlo, se sentó a mi lado un desconocido. Estaba ebrio. No tanto que no se le ocurriera pedirme una moneda. Yo se la dí porque sabía que el licor de esa cantina destrozaba el hígado.

Juan de la T... es poeta. Mal poeta. Hace versos pésimos. Como los míos. Nadie los lee, ni los entiende nadie. Jamás ha ganado ni el valor de los pitillos que se fuma. Porque Juan de la T... fuma, y hasta come y duerme cuando halla dónde y con qué y quién le dé. Pero, apesar de esto, es poeta.

El conde X está epiléptico. Dicen que tuvo talento pero ahora es un idiota. Es un noble arruinado que vive sin saber porqué ni cómo.

*
*
*

Ah! Es una escultura soberbia. Genial. Diga usted, señor ¿sabe acaso su merced quién es el genial escultor

que... «Está enfermo en el hospital— me contestó. No tiene una peseta ni un amigo. Estos artistas, sabe Ud? son unos imbéciles. Pensar que este escultor ganó dinero suficiente para comprarse un trasatlántico y todo lo repartió entre cantineros, artistas y prostitutas! Si son unos imbéciles...»

Acabo de recibir una tarjeta del Dr. Z... El sabio alienista me invita a visitar su Asilo. Voy. Veo una serie de cuerpos flacos, unos; obesos, otros; ojos de sangre en unos rostros; ojos de ictericia en otros; ojos de demonio en todos. Gesticulan, gritan, aullan, se retuercen... Uno está amontonado en un rincón, otro se hurga las narices furiosamente, otro me sonrío... Salgo de ahí. Yo creo que también me he vuelto loco.

Afuera, medito en todo.

Sí. Unos, parásitos, se alimentan de la vida de los que realmente VIVEN. Otros, artistas, no «viven», sueñan. Los otros, enfermos, están muertos. Ninguno de estos es el *hombre que vive...*

Iba al azar, rumiando estas filosofías baratas, cuando me encontré con un *hombre* que no llevaba las manos en los bolsillos, ni iba fumando, ni tenía expresión de aburrido. Me alarmé ante caso tan extraño y, sujetándole de las solapas, le dije:

«Caballero, haga usted el favor de decirme ¿es usted un «hombre que vive», o un «hombre parásito», o un «hombre que sueña», o un hombre «muerto»? ¿Quién es usted?»

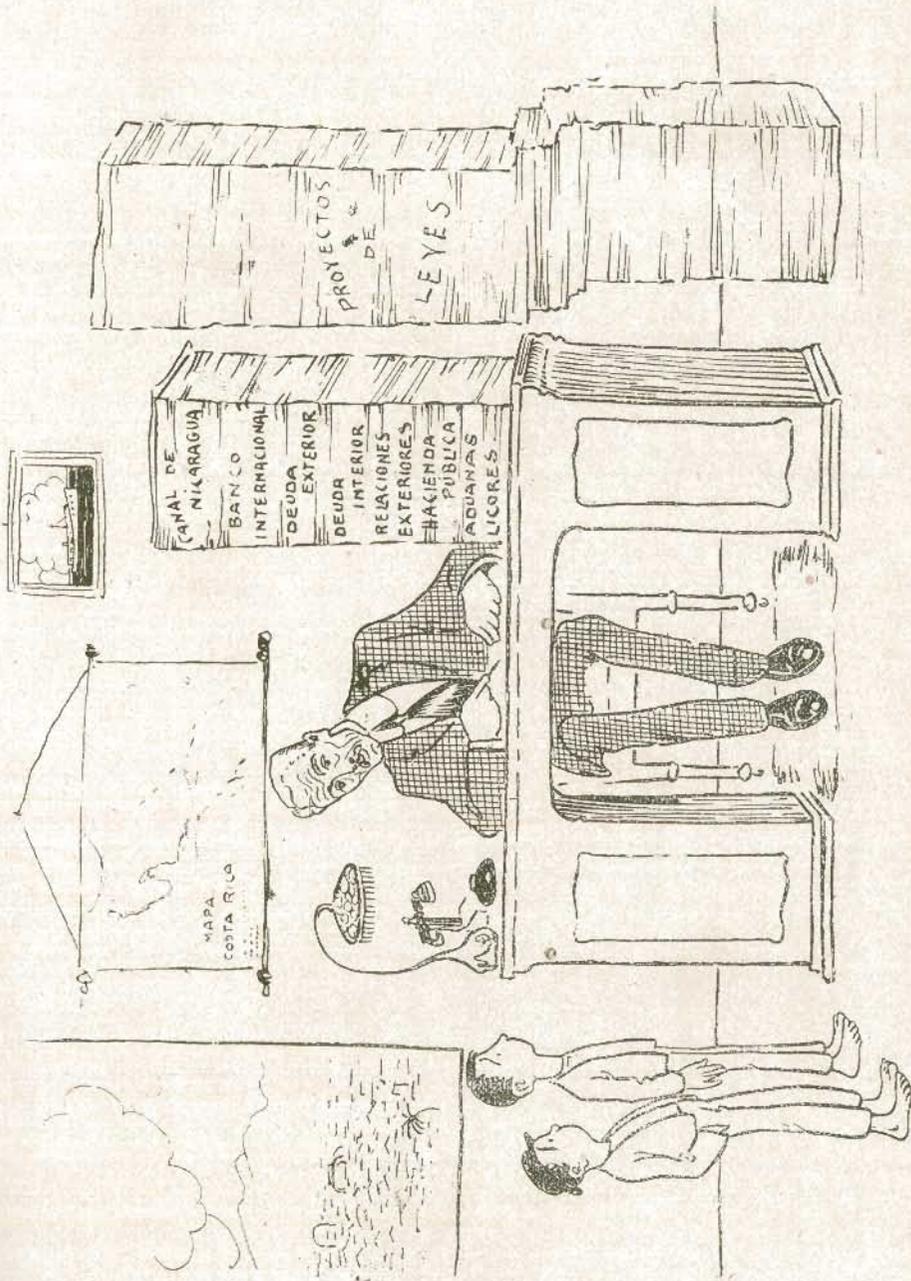
Rió largamente, enormemente, mi desconocido y me contestó:

—«Nó, señor, si yo apenas soy un buen viajero que «veo vivir», que sé reír sabrosamente de lo que se me pone por delante. Yo, como usted ve, me pongo flores en el ojal de mi americana, sonrío a las mujeres y si me sonrían, bueno, y si no, mejor.—*Quieren venir conmigo?*»

Y yo, aunque no lo creáis, me fui con él.

Jenaro Valverde E.

LA VIDA EN 1945



—Danos para ir al teatro, abuelito.

—Busquen otro, amiguitos hay que economizar. — Ah! la economía...

Tópicos viejos

Han transcurrido varios meses desde la quiebra del Banco Comercial y hasta la fecha nada en concreto se sabe que pueda servir para fundar las esperanzas de un arreglo.

A raíz de tal acontecimiento pensamos en que se llegaría a esta solución, pues creíamos que los directores del Banco y el gobierno pondrían el contingente de su buena voluntad en formular un acuerdo que fuera, al menos —sino satisfactorio para todos los intereses— un remedio al mal que ya estaba consumado. En los días que sucedieron a la caída escandalosa de este tinglado bancario —caída que debió precisarse, no meses, sino años antes, se hicieron a este respecto toda clase de promesas, que en estos momentos de mayor zozobra no aparecen por ninguna parte.

El asunto está en manos de la justicia, como suele decirse—al fin justicia humana—incierta y tardía cuando se trata de castigar a aquellos que se escudan bajo el resultado de su delito.

Por qué no decirlo? La justicia es pronta en elevar el relieve de sus fueros cuando tiene que cebarse en los infelices que delinquen obligados por la derrota en la lucha por la vida, es decir, con los que atienden al llamado consecuente de las leyes de su propia conservación, que es atender al mandato de un derecho que Dios les dió y que los hombres en su egoísmo les niegan.

Para los que así obran, y que están justificados ante el ojo divino del que todo lo vigila—está la celda renegrida

de las cárceles, mientras los *otros*, los que se han «escudado en su propio delito», siguen en su casa disfrutando tranquilamente del producto de sus rapiñas, sin sufrir siquiera ni un pequeño remordimiento de conciencia, lo cual no es nada raro porque al decir de cierta revista inglesa, la conciencia se adquiere, y son muchos los que en el mundo todavía no la han adquirido.

Y mientras tanto, tu, accionista ingenuo, depositante confiado, espera, espera... que tu haber se fué con la corriente de la quiebra, y las corrientes no retroceden nunca!

* * *

El Congreso se reunirá en breve. Larga habrá de ser su labor si los padres de familia, ¡guay! esto es, de la Patria, quisieran trabajar en una labor desligada por completo de los particulares intereses. Y es que los de la nación, los que a todos nos importan, están harto descuidados.

La serie de Leyes y Decretos emitidos por el Ejecutivo en abuso, digo, en uso de las facultades que le concedió el Legislativo, merecían un auto de fe, pero ya que esto no es posible porque ahora no conviene al patriotismo, sí debían al menos los señores Diputados dedicar una parte de sus talentos a su revisión y a poner muchos de ellos, más en armonía con las necesidades y con la economía de la nación.

Juan de Maro

De la guerra europea

Comentarios

La noticia más importante, recibida hasta la fecha, ha sido la espantosa derrota de los rusos en los Cárpatos.

Las operaciones en los Dardanelos, por de momento están paralizadas.

Mientras los partidarios de Alemania, ven en estos hechos evidentes señales de que los ejércitos aliados no pueden contener el avance alemán, los favoritos del otro bando, los atribuyen a estrategia y a preparación para el ataque decisivo de Constantinopla, que ya consideran como tomada: para lo cual esperan ver aparecer en los Dardanelos, una escuadra italiana, al mando del Duque de los Abruzzos, según el decir de los cables de la Prensa Asociada.

Nada se puede decir y menos predecir por de momento; el problema es muy intrincado.

La situación política interior de Italia parece complicarse, y no era de esperar otra cosa, de las influencias de todo género y especie, que habrán intentado y puesto en práctica las naciones aliadas, a fuer de lograr que esta nación intervenga a su favor en la guerra.

Es cierto que Italia está bien económicamente, por haber ingresado en el país enormes sumas de dinero, efecto de la venta de grandes cantidades de viveres a las naciones beligerantes, en los primeros meses de la guerra, pero también es cierto que en la actualidad se encuentra sin primeras materias, lo que ha obligado a muchas industrias al paro forzoso: que los medianos y pequeños comercios están cerrados y que se comienza a notar la falta de viveres.

Rusia, que tiene al presente más trigo que nunca, por no haberle vendido a Alemania, está pronta a darle

a Italia todo el que necesite, a cambio de su intervención en la guerra.

En Inglaterra hay levantado un fuerte empréstito, para sufragar los gastos que a Italia ocasione la intervención armada a favor de los aliados.

El pueblo italiano, que encuentra sin trabajo por la obligada paralización de las industrias y comercios, que comienza a sentir la escasez de viveres y acaso sugestionado por agentes mercenarios, se inclina más cada día en favor de la guerra, y en varias ciudades ha habido motines y serios disturbios en este sentido.

El Rey Víctor Manuel, que no hay duda alguna de que es un rey apreciado por la inmensa generalidad de sus súbditos, y que ha dado muestra de ser al par que un monarca bondadoso, hábil diplomático y político de talla, se encuentra en una situación verdaderamente crítica, y según el giro que tomen los acontecimientos, en verdadero peligro de perder su popularidad y acaso la corona...

Si se mantiene neutral, el pueblo puede hacer que bambalee su trono; que si no cae de momento, se verá en peligro para el porvenir, con la creación de un partido antidinástico fuerte, en el que figurarán además de todos los influídos, los espíritus belicosos, y aquellos que desean actualmente la guerra como único medio de escapar de las necesidades inherentes a la crisis económica.

Si entra en la guerra, y la victoria se decidiera por el campo austro-alemán, es innegable que Italia nada ventajoso lograría, más bien su acción fuera perjudicial a sus intereses político-económicos y sociales, cuando no por otras causas, por el efecto moral y las pérdidas de vidas.

Replicarán algunos ¿Y si ganan los aliados? Es el único caso en que puede salir en bien de la guerra, si las negociaciones que se están verificando con Austria, no dan el resultado apetecido.

De todos modos la situación que actualmente atraviesa Italia, es sumamente crítica y la de su rey, en extremo peligrosa, pues tanto si toma parte activa en la guerra en favor de los aliados como si se mantiene neutral, se expone como decimos a perder su popularidad y acaso la corona.

Si va a la guerra y vencen Alemania y Austria, el pueblo, que siempre es inconciente, no dirá *nuestra es la culpa por haber obligado al rey a tomar*

parte sino que se la echará al monarca.

Si no va a la guerra, y vencen los aliados, además de ponerse para siempre en entredicho con las naciones aliadas, dirá su pueblo *«por culpa del rey, Italia no ha sacado de la guerra las ventajas que debía sacar»*.

En fin que es una situación tan anormal y peligrosa como acaso no se registra en la historia de las naciones.

Veremos como se desarrollan los hechos: entre tanto, es desear que ni el rey Víctor Manuel, ni el pueblo italiano, pierdan el tino, que mucho necesitan ambos para salir en bien del atolladero.

Crónica

NOTA GRÁFICA DE LA QUINCENA



Momentos de la colocación de la primera piedra del palacio de la Legación Pontificia en Centro América

Teatralerías

A los paseos, círculos, reuniones y teatros a que han asistido algún extranjero de los que con frecuencia nos visitan, si entendemos que poseía alguna cultura y conocimientos sólidos de los distintos problemas que nos agitan, o de las distintas escenas nuestras, procure siempre asistir, y sorprender en ellos los movimientos de aprobación o desdén que experimentaban, y recurriendo a un pretexto o a una indiscreción procure también conocer la impresión que habían recibido, y casi siempre, con harto dolor constante que, las opiniones que formaran en nada nos favoracían.

Hace muy pocas noches, precisamente la del *debut* de la compañía de ópera «Cleo Vicini» inmediatos a mi, en la platea del teatro Roig, sentados, dos extranjeros, departían así:

—Hace tiempo, que observo un fenómeno que es sorprendente: se va una compañía mala y viene otra peor, y sin embargo, el público impeterrito no sólo asiste a las representaciones sino que aplaude a rabiar.

—Bah! Y eso es todo. Aquí apli-cándoles el aforismo de que «los pueblos tienen los gobiernos que se merecen» si tras una compañía mala llega otra peor, es porque también se las merecen

No; no es eso. El *quid* está en otra parte. La prensa diaria, los portavoces de la opinión, esos pedazos de papel que son, si así podemos llamarles, el alma de los pueblos, aquí en vez de encausar la opinión, y con la honradez de toda prensa que se inspira en la misión que le está encomendada señalar rumbos y exponer todos los asuntos que se le sometan dentro del *más estricto criterio*, se dedican a cultivar, hasta sin sentido común por supuesto, la nota sensacional, el chismorreaje bajo y según he podido colegir el más descarado *chantage*...

—Sí; sí, ya es viejo el fenómeno...

—Hasta el punto de que, llámala como quieras menos de ópera, por Dios han tocado el bombo hasta no poder ser más...

—Pues mira, dicen que la crítica de anteayer, creo, valió, a su autor veinticuatro colones.

—Y no podemos culpar a la sociedad josefina, de que esta noche, por ejemplo haya venido al teatro, porque cuando menos sino toda la verídica, la auténtica, no la que viste con arreglo a los figurines de hace tres o cuatro años, han de poseer algún gusto artístico...

—Oyes? Traes alguna balota de oxígeno? Mándasela a la Vicini que se ahoga.

—Hay que culpar a esos señores que dirigen los periódicos por permitir que se publiquen anuncios y crónicas tan faltas de sinceridad como llenas de disparates y que el público en su buena fe no analiza, viniendo aquí, a efecto de la propaganda a presenciar, los mayores atentados contra el arte, la estética y el buen gusto.

Y efectivamente hemos de reconocer que, es así.

Prensa, empresarios, críticos y público se han propuesto, unos inducidos por el lucro fácil, y otros por su inconsciencia de que en nuestros teatros no actúen más que, desharapados bagos, fracasados y nulos; lo que hasta ahora han conseguido.

La compañía de ópera italiana «Cleo Vicini» que actúa en el teatro Roig, no lo es: es un conjunto de elementos que ni conocen lo que es arte escénico, ni tienen la más pequeña noción de lo que es el teatro es y ha de ser.

La señora Vicini que en los *elencos* se hace llamar soprano, no sabemos si en algún tiempo, aunque remoto, lo sería: lo que si hemos notado es, que su escuela debe pertenecer a una época en-

tidiluviana, si es que escuelas existían en aquellos tiempos: y que la acción destructora del tiempo ha hecho tales progresos en su organismo que es lástima persista en crearse soprano. No ataca las notas, se defiende muy mal, siempre recurriendo al falsete, único recurso que queda a quien como ella ha perdido todas sus facultades vocales.

Las demás partes de la compañía sin exclusión y prescindiendo de tecnicismos ni saben cantar ni los títulos que ostentan de tenor o barítonos pueden desempeñar. Los tenores, las primeras figuras, cuando más podrían ser coristas de una compañía de ópera mediana, pues no solo tienen la voz «un poco blanca», sino que ni remotamente las cualidades que se requieren. No cantan, gritan desafortunadamente.

La orquesta infernal: su director desconoce para que sirve la batuta, en sus manos es «una cosa», todo menos batuta. Los profesores, desconcertados por la pésima dirección producen la más *deliciosa* desarmonía que darse puede.

Los cantantes, unas veces porque

no saben y otras porque no pueden cantar se hacen tal barullo que es un escándalo, y entre director, orquesta, soprano, tenor, barítono y demás, forman tal gritería, como seguramente no la formarían los condenados en el infierno.

El decorado y vestuario horroroso. Pero el público aplaude...

Alguien me ha dicho: pero hombre, es usted muy exigente demasiado no dan; fíjese que sólocobran dos colones.

Por eso precisamente soy exigente, porque una compañía de ópera que cobre dos colones por platea tiene que ser mala: manera por la que se consigue desterrar entre nosotros el gusto artístico que pudiera quedarnos. Y como siendo benevolos, conseguimos dos cosas: fomentar la bagancia de esos señores de industria, que se dicen artistas y dejarnos robar, es preferible ser sinceros y no cejar en esta campaña hasta ver realizado nuestro ideal, esto es, hasta que el público preste buena cogida a las buenas compañías y retire su favor a tanto bago.

Lo conseguiremos.

Thallus

Poquillo de bilis

Acabo de recibir un folleto consagrado a la memoria de Aquileo J. Echeverría, en el cual un señor que se llama Hernán Zamora C.—con un sentimiento de parroquia que no traicina su origen,—supone que si «alguna sociedad debió en Costa Rica rendir culto al poeta era la herediana», porque en «ella vivieron y viven los tipos que aparecen en sus mejores estrofas».

Este señor nos a soltado una de esas grandes verdades que solo se dicen cuando se tiene el corazón a flor de los labios...

¡Con semejante antecedente es lógico suponer que el Gobierno actual tenga participación al menos, en «El

Cantar de los Cantares» de esa Biblia herediana que con tanta fidelidad recopiló Aquileo!

* * *

Cacareada ha sido en verdad la *caída* de nuestro Ministro Plenipotenciario en Washington, nunca la de Brenes Mesén, porque los hombres de su talento no caen, a pesar de los deseos de la envidia sórdida y corrosiva de esos *especuladores de popularidad*, que en esta tierra se han llamado APÓSTOLES, y que en otra más recatada y más consciente de su propio respeto, los habrían hecho desaparecer como medida de higienización moral.

Después de todo, —aquí donde se improvisan Obispos y Presidentes y en donde el desconcierto general participa hasta de nuestra situación geológica, nada tiene de extraño que un señor que se llama don Manuel Castro Quesada vaya a reponer al ilustre Brenes Mesén, cuya aureola de prestigios vale más que todos los indios repartidores de la chicha nacional.

*
**

He leído en uno de los diarios de esta capital, los versos que un niño recitó en un acto fúnebre reciente.

Lo cual no tiene nada de extraor-

dinario, porque en esta tierra de solemnes *peloteros*, es corriente que los pobres muertos reciban ese *tiro de gracia* que con tanta seriedad llamamos «discursos». Pero lo que sí me sorprendió de los tales *versilos*, es que su *actor*, a quien yo tanto conozco, glosó de la manera más infeliz un pensamiento del maravilloso M. Acuña:

«Es que la enterramos
para que eche rosas».

Si será atrevido el tío éste!

Billo-Villas

FOTOGRAFIA
IMPERIO

HERNANDEZ HNOS.

: CALLE DE LA ESTACION:
: 50 VARRAS AL DESTE DEL
: PARQUE DE MORAZAN = :

ULTIMAS
NOVECADES



LIBRERIA E IMPRENTA ALSINA

LOS MEJORES TALLERES TIPOGRAFICOS DE COSTA RICA

GRANDIOSO Y EXTENSO SURTIDO EN UTILES
PARA OFICINAS Y ESCUELAS

RESTAURANT EUROPA

EL MEJOR HOTEL EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA

COCINA ATENDIDA POR EL MISMO PROPIETARIO

CALLE CENTRAL NORTE, FRENTE A ROBERT HERMANOS



CALLE CENTRAL NORTE, FRENTE A ROBERT HERMANOS

HABITACIONES AMPLIAS Y BIEN VENTILADAS

EL MEJOR HOTEL EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA

RESTAURANT EUROPA